

LA MATRIOSKA O LA FICCIÓN DENTRO DE LA FICCIÓN EN LA NOVELA TRAVESURAS DE LA NIÑA MALA DE MARIO VARGAS LLOSA

¹Diela Bibiana Betancur

*¹Universidad de Antioquia.
E-mail: diela.betancur@udea.edu.co*

Resumen

La literatura como producto de la cultura es un testimonio de una época y de las relaciones que en ese contexto establecen los hombres y las mujeres con la palabra, con el amor, con su propia sexualidad. Discernir esta relación en la novela *Travesuras de la niña mala* (2006) del Nobel peruano Mario Vargas Llosa es el propósito de este artículo. La relación siempre escurridiza, azarosa, vacilante de los protagonistas de la novela, la niña mala y el narrador, Ricardo Somocurcio, llevan a concluir que su amor es una ficción finamente tejida con los hilos del deseo, de los secretos, de las verdades veladas y las mentiras en veta. Esta novela nos permite aproximarnos a las complejidades del encuentro amoroso que, por supuesto, incluye una relación con la palabra y con el desencuentro.

Palabras clave: erotismo, ficción, Travesuras de la niña mala, literatura, amor.

Abstract

Literature as a product of culture is a testimony of an era and of the relationships that men and women establish in that context with words, with love, with their own sexuality. Discerning this relationship in the novel *Mischief of the bad girl* (2006) by Peruvian Nobel Prize winner Mario Vargas Llosa is the purpose of this article. The always elusive, hazardous, hesitant relationship between the novel's protagonists, the bad girl, and the narrator, Ricardo Somocurcio, lead to the conclusion that their love is a finely woven fiction with the threads of desire, of secrets, of veiled truths. and the lies in vein. This novel allows us to



Este artículo puede compartirse bajo la Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0

approach the complexities of the love affair which, of course, includes a relationship with the word and with the disagreement.

Keywords: eroticism, fiction, *The bad girl*, literature, love

La literatura es un campo ficcional que nos introduce en otros horizontes vitales que adquiere para los lectores un estatuto de real. Dentro de la ficción que nos presenta esta novela de Vargas Llosa encontramos otras ficciones, creadas con la materia del silencio, del engaño, del secreto y sostenidas por el amor incorruptible que siente un hombre por una mujer por cerca de cuatro décadas. De esta manera la pasión amorosa, permanente y diáfana, es el reverso de un amor escurridizo, engañoso y volátil, que logra algunos puntos de anudamientos y muchos de enmarañamiento. En todo caso, el amor es una ficción más, que construye la niña mala y en la que queda capturado irremediamente el niño bueno.

Breves anotaciones sobre el autor

En el 2010 Latinoamérica recibe su sexto Premio Nobel de Literatura de la mano de Mario Vargas Llosa, por “su cartografía de las estructuras del poder y sus afiladas imágenes de la resistencia, rebelión y derrota del individuo” según la declaración que en su momento hizo el secretario permanente de la Academia Sueca, Peter Englund.

El escritor de *Los cachorros* (1967) además dramaturgo, periodista y durante un tiempo, militante político, vivió los primeros años de su niñez en Bolivia, su adolescencia en Perú y el resto de su vida en distintas ciudades del mundo: Barcelona, París, Berlín y Londres. Justamente, fue en Europa cuando, según él, descubrió a América Latina. La distancia geográfica no diluyó sus afectos por su país natal, por el contrario, esta posibilitó redescubrir la mirada, afinar su percepción y seguir alimentando sus novelas con aquel lejano Perú, que no ha dejado de asomarse en los resquicios de sus tramas narrativas, en sus columnas de opinión y en sus preocupaciones políticas.

Vargas Llosa fue junto con García Márquez, Julio Cortázar y Carlos Fuentes, un miembro destacado del boom latinoamericano por su crítica a la realidad social. 22 obras narrativas, 9 dramáticas y numerosos ensayos y columnas de opinión conforman la prolija producción de este escritor peruano, entre las cuales valga mencionar su primera producción literaria *La ciudad y los perros* (1963) y su última novela *Cinco Esquinas* (2016). En el lapso de más medio siglo que hay entre estas dos obras, aparecen otras novelas, unas de mayor renombre que otras: *Pantaleón y las visitadoras* (1973), *Elogio de la madrastra* (1988), *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997), *La fiesta y el chivo* (2000), *El Paraíso en la otra*

esquina (2003), *El sueño del Celta* (2010), por mencionar algunas.

En su discurso Nobel “El elogio de la lectura y la ficción”, Vargas Llosa vuelve sobre el valor y la función de la literatura en la vida y en las sociedades humanas. Más allá de una mera entretención, la ficción y la imaginación como campos abiertos de libertad, siembran la inconformidad con el mundo real, de allí que posibiliten su transformación. En efecto, para el escritor peruano la literatura aguza la sensibilidad, despierta el sentido crítico, aviva la rebeldía y la inquietud, que son, en última instancia, el combustible para poner en marcha el motor del progreso. Así pues, en la imaginación se gesta la libertad y con ella es posible sacudirnos del letargo, el ensimismamiento y la resignación; es por eso que para él, escribir al igual que leer “es protestar contra las insuficiencias de la vida” (2010, p. 2), es, en última instancia, un acto de resistencia, de protesta, de rebelión:

Sin las ficciones seríamos menos conscientes de la importancia de la libertad para que la vida sea vivible y del infierno en que se convierte cuando es conculcada por un tirano, una ideología o una religión. Quienes dudan de que la literatura, además de sumirnos en el sueño de la belleza y la felicidad, nos alerta contra toda forma de opresión, pregúntense por qué todos los regímenes empeñados en controlar la conducta de los ciudadanos de la cuna a la tumba, la temen tanto que establecen sistemas de censura para reprimirla y vigilan con tanta suspicacia a los escritores independientes. Lo hacen porque saben el riesgo que corren dejando que la imaginación discurra por los libros, lo sediciosas que se vuelven las ficciones cuando el lector coteja la libertad que las hace posibles y que en ellas se ejerce, con el oscurantismo y el miedo que lo acechan en el mundo real (Vargas, 2010, p. 2)

La literatura, ese arte de eternizar el instante, de apresar por medio de las palabras la fugacidad de la vida y de luchar contra la carcoma del tiempo, le permitió también al Nobel “explorar los abismos de lo humano, admirar sus hazañas y horrorizarse con sus desvaríos” (Vargas, 2010, p.2). De ese conocimiento del mundo y de la condición humana da cuenta la novela *Travesuras de la niña mala* (2006), quizás la única novela romántica de este escritor, que narra la historia de amor que tejen, destejen, enmarañan y anudan sus dos protagonistas por cerca de 40 años.

Una travesía por las *Travesuras*

En el verano de 1950, Ricardo Somocurcio, narrador y uno de los protagonistas de esta historia, conoce a la edad de 15 años a Lily, una *chilenita* que deslumbra a todos sus

amigos, pero especialmente a él. Su acento extranjero en las tierras miraflores, su alegría, su sensualidad en el baile, su libertad en el movimiento, en las charlas, en el tiempo, fueron motivo de atracción para los chicos y de envidia para las chicas, quienes sentían por Lily “la fascinación que ejerce sobre el pajarito la cobra que lo hipnotiza antes de tragárselo” (Vargas, 2006, p. 19).

Desde allí Ricardo ya sabía el nombre de su felicidad: vivir en París y en compañía de Lily. En repetidas oportunidades le declara su amor y en todas ellas su respuesta es idéntica: una inquebrantable y al mismo tiempo vacilante negación, lo que le lleva a preguntarse por qué si Lily es tan libre no quiere tener enamorado. Un día del verano de aquel año, quedó al descubierto que Lily no provenía de tierras chilenas y que para ocultar su humilde procedencia se había hecho pasar por extranjera.

En este prematuro encuentro, que por lo demás deja en Ricardo una huella imborrable, se encuentran todos los rasgos que caracterizan al personaje femenino de esta historia: la tendencia a mentir sobre su vida, las referencias deslizantes de su pasado, el aura de misterio que impregnan sus llegadas y sus inesperadas partidas, su negación a vivir un encuentro amoroso. En esta armazón, sin embargo, queda faltando una pieza fundamental de la configuración de esta mujer y móvil de sus decisiones: la ambición.

Diez años después, Ricardo se encuentra en Francia trabajando como traductor para la Unesco y allí, a través de su amigo Paul, conoce a un grupo de jóvenes peruanos que hace escala en París, para luego viajar a Cuba a formarse como guerrilleros, con el objeto de emprender una revolución en el país de los Incas que haría del Perú la segunda República Socialista de América Latina. De este grupo conoce a la camarada Arlette y en ella reconoce a la Lily de su adolescencia. Durante las dos semanas que se queda en París, Ricardo y la camarada Arlette viven una pequeña luna de miel, que le lleva a comprender, en primera instancia, que para ella la revolución es solo un pretexto para salir de su país; y en segundo lugar, que él sigue tan enamorado de ella como en los tiempos de su adolescencia, aunque a ella pareciera no importarle.

La única noticia que tiene de ella es que en Cuba es la compañera sentimental del comandante Chacón, el segundo al mando, ante lo cual se pregunta Ricardo si en realidad la camarada Arlette se ha enamorado o si es un instrumento para librarse del entrenamiento guerrillero. No obstante, la supone allí feliz, vestida de guerrillera y con una pistola en la cintura. Cuán grande es su asombro cuando se la encuentra de nuevo en París, convertida en una mujer elegante, refinada, de buen gusto y, sobretodo, la esposa de un diplomático francés. Ya no es, pues, Lily la chilena, ni la camarada Arlette la guerrillera; ahora es madame Arnoux.

Ricardo lee en este matrimonio un engaño artificioso a través del cual ella puede salir de Cuba e instalarse en París. Con este encuentro comienza una relación intensa de amantes, una segunda luna de miel, un despliegue de promesas por parte de Ricardo y de insistencias para que se vaya a vivir con él. Ella no accede, pues él no podría sostener

la vida de lujos y comodidades que ella tiene y a la que no está dispuesta a renunciar: “yo solo me quedaría para siempre con un hombre que fuera muy, muy rico y poderoso. Tú nunca lo serás, por desgracia” (Vargas, 2006, p. 80). De un momento a otro desaparece sin dejar huella, como si el viento se llevara consigo los rastros de su humanidad. Luego sabe por el señor Arnoux que ella se ha ido llevándose consigo los ahorros de toda una vida de trabajo, dejándolo en la absoluta ruina.

La ausencia de la niña mala y la tristeza que ello le genera, llevan a Ricardo a encontrar en el exceso de trabajo momentos de distracción. Acepta muchos contratos que le implican viajar por toda Europa como intérprete en diversos congresos. Con uno de ellos llega a Londres, que en la segunda mitad de los sesenta, desplazó a París como la ciudad de las modas. El rock, el hipismo, la liberación sexual, el cannabis, la vida promiscua, la minifalda, la popularización de las drogas, las campañas del orgullo gay, el amor libre, hacían parte del ambiente de la Londres de los años 60. Allí, en 1970, Ricardo se reencuentra con un compañero de infancia miraflores, Juan Barreto, un hippy elegante, artista y dedicado a retratar caballos de Newmarket, lo que le permite vivir con solvencia luego de cuatro años de indigencia. Con este encuentro revive una intensa amistad que culmina en el lento y doloroso proceso de muerte de Juan Barreto por una rara enfermedad que le deja sin fuerzas, que devasta su organismo y que más adelante se conocerá como SIDA.

A través del mundo hípico que su amigo retrata, reencuentra a la niña mala, ahora Mrs. Richardson, la esposa de un hombre muy rico y amante a los caballos. También en esta oportunidad reanudan sus encuentros fortuitos y Ricardo, que nunca ha dejado de estar enamorado de ella, vuelve a sentirse en plenitud. Esta vez con su marido de turno, ella tiene problemas. Él está a punto de descubrir que ella estuvo casada con otro hombre en Francia, por lo cual se anularía su matrimonio y ella quedaría sin una libra esterlina y en la cárcel. Para evitar ser apresada huye hasta Japón en donde comienza una relación con un gánster japonés y con él, su declive.

Con este hombre ella experimenta algo que nunca había sentido por otros hombres. No es amor, dice, es una dependencia que la vuelve un objeto para él, lugar que ella consiente. Este hombre la somete a una cantidad de vejaciones que fácilmente la hubieran llevado a la muerte sino es porque ella, muy a su pesar, logra huir y regresar a los brazos de Ricardo, del niño bueno, pero ahora, ya no como la mujer elegante y glamurosa de otros tiempos, sino casi como un despojo mortal. Ricardo, en su infinito amor la acoge, renuncia a todo por ella. Se casan y por un tiempo viven felices, o al menos eso cree él, hasta que ella no logra soportar la vida de clase media que lleva y lo abandona.

Esta historia de amor la tejen él, un niño bueno, al decir de ella, predecible, amoroso y bondadoso; un hombre que ha quedado capturado en el amor a esta mujer y que por más que quiera odiarla y olvidarla no puede; y ella, la niña mala, una mujer que persigue un estatus que su nacimiento le negó, que escala pronto y sin escrúpulos, que renuncia al amor impulsada por la ambición; que vive una montaña rusa de picos altos y de bajos escombros. Mientras la vida de Ricardo transcurre en la línea recta de aprender idiomas

y esperarla, la de ella es una arabesco de travesuras y curvas.

Travesura es una palabra que coloquialmente alude a determinadas acciones vivaces, juguetonas y con matices de maldad; riesgos y aventuras que no revisten mayor gravedad y que, generalmente, son atribuidas a los niños. Deriva del adjetivo *travieso*, que califica un comportamiento como inquieto, que supone un *travesar*, esto es, un andar revoltoso de una parte a otra. Según el Diccionario de la Real Academia una de las acepciones de travieso es “que vive distraído en vicios, especialmente en el de la sensualidad”. Así mismo, la palabra *travesura* se relaciona con *travesía* que alude a distancia, camino, viaje, calles, atajos. Pero también la travesía indica un modo de estar de algo *al través*, es decir, a un torcimiento.

Del campo semántico al que está asociado la palabra “travesuras”, se pueden reconocer cuatro acepciones que hacen parte de la trama narrativa de la novela y, en particular, de la configuración del personaje la niña mala. La primera de ellas, la travesura como un riesgo asociado a un carácter temerario, que supone una aventura y que como tal está sujeta a la contingencia y a las gratas sorpresas o a los desafortunados encuentros que le son concomitantes. La segunda, la travesura como una travesía, como un continuo pasaje, sin ruta establecida, sin puerto de llegada, sin levar anclas; de ello da cuenta la metonimia de sus nombres, el desplazamiento de los lugares que habita: Chile, Perú, Cuba, Francia, Inglaterra, Japón. La tercera, la travesura como una inquietud movilizadora por una ambición que no se sacia y por la cual la niña mala paga en términos de sensualidad y de su sexualidad. Y por último, una acepción de travesuras, en términos de torcimiento; en la búsqueda de alcanzar sus propósitos, la niña mala utiliza muchos atajos, burla las convencionalidades sociales, morales y legales, defrauda la confianza de los otros, traiciona a quienes la aman.

Del amor y otras ficciones

Los modos de amar de estos personajes no son inéditos pero si subvierten ciertos imaginarios sociales que se han erigido sobre ideologías morales, machistas y religiosas que ponen el amor romántico de lado de las mujeres, en tanto que el placer sexual y el amor fugaz lo sitúan del lado de los hombres. Nada más alejado de esta idea que la presencia siempre escurridiza de la peruanita de mil caras y que el amor de Ricardo Somocurcio irremediablemente anclado a esta mujer de velas tendidas.

Es claro que el vínculo amoroso ha cambiado con las transformaciones de la sociedad, que los discursos, las prácticas y los rituales amorosos van mudando de piel y que junto a las formas clásicas del amor, existen otras contemporáneas de las que da cuenta el personaje de la niña mala. Si es cierto que la literatura transparenta y traduce la vida entonces creemos que ella es un testimonio fiel y al mismo tiempo ficcional de las vicisitudes humanas; y que ella revela que ahora el azar y la inseguridad priman en la pasión “que se presentaba antes con carácter de inapelable estabilidad” (Téllez, 2013, p.

5).

Ricardo Somocurcio es un eterno enamorado de la niña mala como Florentino Ariza lo es de Fermina Daza en la novela *El amor en los tiempos del Cólera*, del también Nobel Gabriel García Márquez; solo que a diferencia de la novela del colombiano, Ricardo y la niña mala fueron tejiendo, en medio de intermitencias, un amor de cuatro décadas; mientras que Florentino y Fermina solo después de 53 años logran consumir su amor. Guardadas las distancias y particularidades de la trama narrativa de las dos obras, en estos personajes masculinos; el amor se inscribe como una marca de hierro candente que remite a un solo nombre; cada uno de ellos diría, como la voz poética del poema *El amenazado* de Borges (1969): “[...] El nombre de una mujer me delata/ Me duele una mujer en todo el cuerpo”.

Este diálogo intertextual se alimenta también con una de las novelas cumbre de Flaubert: *La educación sentimental*. Esta es la historia de Frédéric un joven de provincia que se enamora de una mujer casada y mayor, madame Arnoux, un amor que es correspondido pero jamás consumado. Nuestro protagonista y narrador relee esta historia porque “la madame Arnoux de la novela tenía para mí no solo el nombre, también la cara de la niña mala” (Vargas, 2006, p. 64). No es gratuita la referencia a esta novela francesa que, por lo demás, está llena de desencuentros, que es otro de los nombres del amor en la historia que relata Somocurcio. Los paralelismos son claros: ambas son mujeres casadas, deseadas pero desde cierta perspectiva, imposibles, y su amor llega hasta la vejez aunque con desenlaces distintos. Frédéric cuando ve al amor de su vida con sus cabellos vestidos de blanco se siente fuertemente desilusionado y su amor envejece de golpe; Ricardo, por el contrario, envejecido también como la niña mala, no puede renunciar al sentimiento que desde su adolescencia ha abrigado su ser. Así pues, parafraseando a Hernando Téllez (2013) podríamos decir que en la condición humana, por lo que a la pasión amorosa se refiere, se ofrece una constante que enlaza estos amantes de Flaubert, de García Márquez y de Vargas Llosa.

Ricardo Somocurcio es el niño bueno que alberga un amor que le sobrepasa y lo deja sin voluntad. Se siente el hombre más feliz del mundo cuando se encuentra con la niña mala. No lo afectan sus mentiras; no pregunta por su pasado, acepta pasivamente sus condiciones y lo que ella está dispuesta a darle, como “las sobras que se echan a un perro” (Vargas, 2006, p. 84). Su felicidad solo la empañan las inesperadas partidas de su amante, con las cuales su vida se torna en un estado de vaciamiento, que se acompaña de desvelos, de enfermedad, de despecho y celos. Poco a poco logra sobrellevar esta pena; y con un desbocamiento a trabajar, echa tierra sobre el vacío de su ausencia. La amargura y el rencor van desvaneciéndose con el tiempo y el terreno queda limpio para cuando los hilos invisibles del azar los vuelva a reencontrar. Allí vuelve Sísifo a rodar. Ricardo siente de nuevo que el fuego de su amor llamea como en la adolescencia, que nunca la ha olvidado, que es un eterno enamorado.

Este hombre se encuentra capturado en este ciclo que no deja de empujar a la repetición,

camina sobre la banda moebius de un amor que lo conduce hacia la felicidad, pero que pronto lo enfrenta con el sufrimiento de la ausencia; un intenso, tormentoso y dulce amor al que solo es posible ponerle punto final con la muerte.

Para la niña mala el dinero está en el mismo estatuto en el que ella está para Ricardo. En la riqueza encuentra seguridad, protección, diversión “y la única felicidad que se puede tocar” (Vargas, 2006, p. 81). La ambición es el motor de su vida y el amor solo un elemento accesorio en esta, que sacrifica por acceder a la tranquilidad y al lujo que le da el dinero. La niña mala no es pues la mujer clásica que está buscando ser amada por un hombre o tener un lugar en su deseo. Por el contrario, su preocupación está al margen del amor; para ella los hombres son valiosos en proporción a la chequera que portan, pues solo son un medio para acceder a un estatus social que de otro modo no podría alcanzar. Se comprende de esta manera por qué estos amores tropiezan irremediablemente, cada uno está absorto en una búsqueda distinta; para Ricardo su felicidad está en la niña mala, mientras que para ella esto es solo un signo de falta de ambición. En palabras de Soler “el hombre y la mujer pueden encontrarse, pero sus amores no se encuentran verdaderamente” (1977, p.11).

Este encuentro no fue posible ni siquiera cuando llegaron a vivir juntos, cuando Ricardo la acoge en el estado lamentable en el que la dejó el gánster japonés y se desvive para cuidarla y favorecer su recuperación. Ella se casa con él, más por gratitud que por amor; pero su ambición es más fuerte que ella, así que un día lo deja todo tirado. Solo una lacónica nota explica su partida: “ya me cansé de jugar al ama de casa pequeñoburguesa que te gustaría que fuera. No lo soy, ni lo seré” (Vargas, 2006, p. 279).

Esta historia con sus encuentros y desencuentros evoca al mito de Pigmalión. Cuenta Ovidio en *La metamorfosis* que Pigmalión, Rey de Chipre, había buscado una mujer para casarse cuya belleza se correspondiera con su representación de mujer perfecta. Al ser infructuosa su búsqueda decidió aislarse y crear una escultura de marfil de una mujer a la que llamó Galatea. Fue tal la hermosura de esta figura que se enamoró de ella y pidió a Venus, la diosa del amor, que le diera vida humana a su obra, quien cumple el anhelo del escultor. Son muchos los desenlaces que la humanidad, después de Ovidio, ha recreado sobre esta historia. Uno de ellos narra que Galatea al tener vida propia rechaza a su enamorado e ingenuo creador, porque ¿cómo ella siendo una mujer tan hermosa podría fijarse en él, un hombre tan poco agraciado, tan imperfecto? La niña mala reactualiza este desenlace al ser imposible para ella consentir ser el objeto de amor del niño bueno. Está agradecida pero no puede pagar con su libertad. Así pues, para ambos el objeto de sus deseos, volátil como el humo, escapa a su aprehensión.

La niña mala que se asume de manera aguerrida para lograr sus ambiciosos propósitos, en la sexualidad adopta una posición totalmente pasiva. Esto no quiere decir que no disfrute del acto sexual, por el contrario, allí encuentra un espacio de profundo placer y regocijo; solo que en tales encuentros asume una posición abandonada, fría a la manera de la ciencia, como si no le importara. Así lo describe en repetidas oportunidades el narrador

“se dejó besar, acariciar, desnudar siempre con esa curiosa actitud de prescindencia, sin permitirme acortar la invisible distancia que guardaba frente a mis besos, abrazos y cariños, aunque me abandonara su cuerpo” (Vargas, 2006, p. 38).

La sexualidad es un terreno en el que cada uno goza a su manera; no es la armonía de los sexos, no es la naranja perfecta que se completa con las dos mitades; no es el paraíso idílico, al cual no regresaremos después de haber sido expulsados. Lacan sintetiza este desencuentro sexual y amoroso con la expresión: “La relación sexual no existe”. Con ello no niega el encuentro sexual y el placer que le acompaña; sino que señala que es también un campo de displacer, de desencuentro, de desproporción; un campo en el que cada una de las personas de la pareja sexual está buscando su propio placer, aunque a veces éste coincida o no, con el disfrute del otro, aunque a veces pueda devenir en sufrimiento o malestar. En otras palabras cada uno goza solo, así esté con otro.

La niña mala es un claro ejemplo de ello. Ricardo y ella pasan juntos un fin de semana, aprovechando la ausencia del esposo de turno. Después de esperar, imaginar, planear ansiosamente este momento, llega el día; Ricardo, por supuesto está feliz y no ve la hora de que sea la noche para poder disfrutar de los deleites amorosos. Pero su felicidad se ve empañada cuando en el titular de un diario lee que varios de los líderes ideológicos del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario), entre quienes se encuentra su entrañable amigo Paul, han muerto bajo una emboscada del Ejército. Esta amarga noticia es la tinta negra en la hoja del día que se va extendiendo hasta impedirle incluso estar en condiciones para el amor. La niña mala sin embargo, no se conmueve con ello y le dice en tono de orden “hazme terminar con tu boca. Yo no tengo por qué guardar luto” (Vargas, 2006, p. 78).

Solo una vez en la compleja relación que trenzan Ricardo y esta mujer camaleónica, ella asume una posición activa en la cama. Fue en Tokio. Ahora su nombre es Kuriko y es una de las compañeras sentimentales de Fukuda, un gánster que traficaba afrodisiacos y con el que vivía después de fugarse de su esposo inglés. Hasta allí llegó Ricardo para comprobar que pese al tiempo de ausencia y a los 45 años por los que rondaban ambos, seguía igual de enamorado. Ricardo conoce al japonés y en una noche en que éste no se encuentra en casa, la niña mala lo lleva hasta la habitación y emprende un juego erótico, como nunca antes lo había hecho.

Ahora era ella la que me besaba y mordisqueaba por todo el cuerpo y respondía a mis caricias con prontitud y con una resolución que me maravillaba. [...] Entonces, en uno de esos segundos o minutos milagrosos, cuando sentía que mi ser entero estaba concentrado en ese pedazo de carne agradecido que la niña mala lamía, besaba, chupaba y sorbía, mientras sus deditos me acariciaban los testículos, vi a Fukuda (Vargas, 2006, p. 194).

Luego del terror que esta situación le generó, comprendió no que habían sido sorprendidos

por el japonés, sino que había sido un espectáculo que en su complicidad, la niña mala le estaba ofreciendo. Toda esa efusividad no era por ella, ni por Ricardo, sino para complacer a este hombre al que se sentía profundamente atada, no por miedo, no por amor, no por soledad; era una dependencia que ella no lograba comprender y la hacía absolutamente vulnerable, hasta el punto de su propia degradación.

¿Qué representa Fukuda para la niña mala, que hace que ella siendo una mujer tan libre se vea ahora en esta dependencia irracional? ¿Qué representa la niña mala para Ricardo que no puede dejar de amarla, hasta el punto de ser no solo el primer, sino también el único amor? ¿Qué satisfacción encuentran cada uno de estos personajes en el sufrimiento que adviene en la pasión amorosa?

Esta novela muestra una cara del amor, que coincide con lo que expresa Hernando Téllez cuando afirma que “la lujuria y la pureza, la ternura y la perfidia, la lealtad y el engaño, representan dentro del amor el aporte de elementos contradictorios que forman su precaria unidad” (2013, p. 31). En Ricardo hay una cristalización amorosa cuyos cristales vuelven a unirse después de haberse roto en mil astillas y a conservar su forma inicial. Se trata de “un querer- hacer que sobrevive al no poder-hacer y que incluso se refuerza” (Greimas, citado por Téllez, 2013, p. 60).

Se dice que cada hombre tiene en su inconsciente su propio zapato y con él busca a una mujer que encaje en él. Podríamos decir, entonces, que la niña mala calza perfectamente el zapato inconsciente de Ricardo, solo que, a diferencia de la Cenicienta, ella se resiste a ponérselo. En ella, por su parte, el deseo se desplaza metonímicamente de un lugar a otro, de un hombre a otro, de una chequera a otra. No es una mujer de un solo hombre, no es el sosiego lo que busca, es la travesía la que la define. De hecho no es gratuito que sea una mujer de ficciones, en cuya trama vital el amor constituye una ficción más.

La ficción dentro de la ficción o la matrioska mirafiorina La mayor falencia del texto es que se presentan de forma disociada las citas. Estas deben tejerse mejor al texto dando unicidad al mismo.

Conocemos la historia de la niña mala a través de Ricardo y a medida que nos adentramos en la trama narrativa de la novela compadecemos a Otilia, nos confundimos con los secretos de Furiko, nos sorprendemos de los avatares de la señora Richardson, nos impresionamos de la elegancia de mándame Arnoux, nos conmovemos con la camarada Arlette y gozamos con la chilena mirafiorina. Nos desplazamos metonímicamente por las vidas de la peruanita de mil caras, reconocemos en ella una matrioska de la que cada tanto sale una nueva mujer que es radicalmente otra y que, no obstante, que sigue siendo ella misma.

La niña mala es un personaje que se caracteriza por ser una esfinge. La rodea un aura de misterio, construida de relatos, silencios, secretos, ficciones, que se expresan en los distintos nombres con que se presenta y a través de los cuales configura otras realidades.

Su propia historia de vida opera en ella como un núcleo de verdad que no se puede tocar, solo bordear; como un sol que encandila y que al verlo de frente amenaza con robar la luz de los ojos; como un pasado sobre el que pesa la interdicción de no recordar, de no volver la mirada hacia atrás pues se corre el riesgo de quedar paralizados como una estatua de sal. No es gratuito que cuando es confrontada o interrogada, la niña mala siempre responde con la evasión o con la ira, que es otra manera de evadir. En todo caso, su verdad no es el pasado, ni lo vivido, ni la objetividad de lo acontecido. Su verdad es la ficción que le permite reinventarse, escapar a los determinismos de la pobreza, disminuir la distancia de su modesta realidad frente a la ambición de sus deseos. De esta manera, como lo plantea Vargas Llosa en su discurso de Premio Nobel, la ficción y la imaginación son para esta mujer fuentes inagotables de libertad que no solo siembran la inconformidad con su mundo real, sino que posibilita su transformación.

Además de crear la vida que quiere a través de las palabras, con la ficción tiene la posibilidad de hacerse inaprensible para el otro, lo que le permite conservar su íntima libertad, al tiempo que hace de sus vínculos amorosos lazos frágiles y fáciles de romper. No decir la verdad frente a su vida, la hace no comprometerse, no atarse a los otros, poder llegar y partir con igual facilidad. En este sentido su ficción se relaciona con el secreto, con el que guarda y oculta la verdad sobre sí, lo que le posibilita escurrirse fácilmente del dominio de los otros. No es una mujer de sembrarse en una situación, no es un topo que cava su espacio en tierra firme y segura; es un ave migratoria que busca de un lado a otro, que le apuesta al azar y que algunas veces gana.

Su manera de presentarse a los demás es a través de la ficción, de lo que quisiera ser. Su estrategia es efectiva porque esas ficciones le dan un marco a su belleza que deslumbra, atrae y atrapa a los hombres que desea y que le sirven de escabeles para ascender en posición social y riqueza. De esta manera, estas ficciones tienen estatuto de engaño, con hilos de palabra teje marañas que confunden a los otros; en última instancia, sus ficciones crean otras facciones de su ser, jirones de vida que le pertenecen en la medida en que enunciándolos, le posibilitan llegar a lo que desea ser.

En la metonimia del lenguaje ella se desplaza. Y así como la matrioska rusa, dentro de sí alberga otra mujer que siendo otra es radicalmente la misma. Sus modos de gozar en la sexualidad siguen siendo los mismos, sus tendencias al secreto, el aura de misterio de lo vivido, la tendencia a crear ficciones frente a su vida la acompañan hasta la muerte. Estos rasgos son la huella digital que da cuenta de su singularidad. Así, en esta urdimbre de ficciones, Ricardo trata de desenmarañar, de traducir, interpretar, haciendo honor a su oficio, para comprender el comportamiento de la niña mala. Las comprensiones que construye no lo hacen inmune al dolor que le generan las inesperadas partidas, pero al menos le permiten acercarse más a la naturaleza escurridiza de la matrioska mirafloresina.

Referencias bibliográficas

Borges, J.L. (1969). *Obra Poética*. Buenos Aires: Emecé.

Flaubert, G. (2005) *La educación sentimental*. Trad. Luís Echavarri. Argentina: Editorial Losada.

García M, G (1985). *El amor en los tiempos del Cólera*. Bogotá: Oveja Negra.

Ovidio, N (2006). *Las metamorfosis*. México: Porrúa.

Soler, C. (1977) "La maldición del sexo". *La Carta* No 38 de la A.C.F.C. (1977): 9-29

Téllez, H. (2013). *Nueve ensayos selectos y un cuento*. Medellín: Palabras rodantes.

Vargas LI., Mario "Elogio de la lectura y la ficción". *Fundación Nobel*. Abril de 2014 http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2010/vargas_llosa-lecture_sp.pdf

Vargas-LI, M (2006) *Travesuras de la Niña mala*. Alfaguara: Bogotá.